

OPINIÓN PÚBLICA Y PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN: PISTAS PARA SU INVESTIGACIÓN

Sebastián Rigotti
Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina)

Espacio público e intervención política

Habitualmente, se considera como “opinión pública” a la suma de las opiniones de individuos, quienes responden a las preguntas de encuestadores que llevan a cabo sondeos de opinión a fin de determinar cómo se compone aquella opinión. Incluso, puede suponerse que los individuos dejan su esfera privada y concurren al espacio público para opinar, constituyendo así la opinión pública. La relación entre el espacio privado y el espacio público, de esta forma, queda significada como dos instancias de sumas de partes individuales que conforman un todo, por lo que no solamente se considera al individuo como tal en la privacidad doméstica y empresaria, sino en términos políticos. La identidad política se piensa, de esta forma, como exclusiva de una operación de respuesta individual a una pregunta de sondeo. El artefacto que hace pasar la respuesta a una pregunta aislada, estandarizada y técnica por una *opinión*, realiza una operación ideológica que diluye la relación entre la racionalidad y la afectividad, pero ni siquiera a favor de visibilizar la primera en detrimento de la segunda, sino enarbolando el triunfo de la razón técnica.

Sostiene Pierre Bourdieu que toda técnica de producción de datos es una teoría en acto, que a su vez tiene implícita una forma de concebir la sociedad y, en consecuencia, de pensar la política, el espacio público, al hombre, etcétera. Nuestras investigaciones (1) parten de las reflexiones de Sergio Caletti sobre la relación entre cultura y política, para indagar acerca de los procesos de identificación política y su intervención en el espacio público.

¿Qué sucede cuando la lógica de la planificación se despliega a través de dispositivos de control? El instituto del sondeo y la administración significan lo que existe como aquello que está dispuesto, es decir, realizan una operación técnica, que calcula sobre la base de un resultado que ya se conoce por anticipado, que naturaliza aquello que existe y lo sustrae de la lucha histórica por las significaciones. Es la constitución histórico-social la que desaparece, es decir, los estratos del tiempo, dejando esa tensión política –que se anuda en el espacio público de todo tiempo presente– disuelta gracias a la predicción y el anticipo de aquello por decir. Esta lógica que busca pre-decir y anticipar supone que sabe/conoce aquello que pre-dice y anticipa.

Las operaciones de reconocimiento que implica el espacio público –y que hacen posible un decir político– son operaciones comunicativas. Estas suponen una alteridad, una diferencia entre los códigos de aquellos que dicen y aquellos que escuchan. Esa diferencia entre los códigos hace posible que la (re)significación nunca pueda más que darse en los intercambios comunicativos, los cuales son imposibles de pre-decirse, ya que se dirimen en las relaciones comunicativas concretas e históricas.

La lógica de la planificación considera aquellos intercambios comunicativos como transmisiones de datos, es decir, como información que va y viene (*feedback*) de un punto a

otro. La transmisión de información entre dos puntos supone que ambos comparten un mismo código y, por lo tanto, que es posible conocer anticipadamente, pre-decir, aquello que va a ser dicho. El decir político desaparece en tanto los dispositivos de control operan estableciendo circuitos informativos y reproduciendo datos por todo el espacio público que, a raíz de este despliegue técnico, se vacía de pasado (re-significación) y de futuro (pro-yecto), volviéndose así un eterno presente donde se suceden temas y no se pone en cuestión el hacer común propio de la política. No hay natalidad sino solamente muerte en el desierto de la insignificancia.

Ahora bien, si el “Sujeto es lo que se instaura y actualiza como lugar de intersección entre esas distintas relaciones por una parte, y por la otra es el punto de partida de una intervención en la red de relaciones en las que, a su vez, se inscribe, intervención en los procesos sociales desde el punto de vista de una teoría de lo histórico-social. Lugar de intersección, punto de partida de procesos de intervención y, a la vez, lugar de apropiación, condensación y reelaboración de *anteriores* relaciones entre otras intervenciones y los procesos respectivos” (2), entonces es en el tiempo presente del espacio público en donde confluyen los distintos estratos temporales que lo constituyen, porque posibilitan las posiciones de sujeto y las relaciones entre ellas.

Los procesos de identificación

En una escena política intervienen determinados actores individuales, pero éstos responden a determinados procesos de identificación política que los constituyen como tales, y que, a su vez, están asentados sobre matrices culturales. Cada colectivo de identificación asienta la re-presentación que tiene de sí mismo, las expectativas compartidas y los límites que lo diferencia de otros colectivos, no solamente sobre una operación reflexiva racional, sino “(...) en una suerte de relato de lo común. No es propiamente un relato: nunca resulta precisamente narrado como tal, pero sí infinitamente aludido, infinitamente *implicado*. Diremos, mejor (y provisoriamente) un *proto-relato*. Está conformado por un patrimonio compartido de referencias y presuposiciones, de anécdotas de poderoso subtexto, de chistes, de mitos propiamente tales sobre el origen y la historia, de secretas formas del tino que evita las zonas dolorosas u oscuras y deja más a la luz las virtuosas” (3).

Ese proto-relato es lo que Jacques Lacan llamaba *fantasma*. Los fantasmas son propios de lo que Lacan denomina registro Imaginario, uno de los tres con lo que está constituida la psiquis como nudo borromeo; los otros dos registros que conforman la tópica RSI son el Simbólico y el Real. Cada proceso de identificación política es un proceso cultural, el resultado –no lineal ni lógico– de procesos colectivos que no se dirimen en forma solamente racional o reflexiva.

El dispositivo fantasmático está vinculado a prácticas, discursos, instituciones, libros, diarios, fotos, etc., que se relacionan con el conflicto que constituye la escena política. Como todo dispositivo, el fantasma está constituido por un conjunto de elementos heterogéneos. Siguiendo a Caletti, sostendremos que se trata de “(...) un no-consciente social, discernible por

efecto de las configuraciones de colectivos de identidad. La identidad de un colectivo se organiza en torno de una trama más o menos común de *relaciones de sentido* que enhebra fragmentos de un relato no dicho ni concebido como tal pero que constituye una suerte de matriz que es condición y soporte de producción de una infinidad de operaciones de enunciación posibles. Llamaremos *fantasma* a este dispositivo, al tiempo que –lo subrayamos– ninguna creatura social-humana se identifica en un único colectivo” (4).

El filósofo griego Yannis Stavrakakis sostiene –a partir de los desarrollos teóricos de Lacan– que “(...) el dominio de la fantasía [fantasma] no pertenece al nivel individual; la fantasía es una construcción que intenta, ante todo, recubrir la falta en el Otro. En tanto tal, pertenece al mundo social, está localizada del lado social, del lado del Otro, del Otro tachado” (5), presentando la división individuo/sociedad como un obstáculo para la Teoría Política: en lugar de pensar dos polos separados, individuo y sociedad, se trata de pensar que “lo social” y “lo individual” tienen una relación de *extimidad*, es decir, de la mutua implicación e inextricabilidad de los elementos de la relación.

El registro Imaginario es aquel que traza una relación entre el sujeto de la falta –registro Simbólico– y aquello que permanece inaccesible al lenguaje –registro Real– estableciendo un soporte para sostener el sentido que la realidad tiene para los sujetos. En otras palabras, el deseo constitutivo del ser que habla –simbólico– por alcanzar el goce perdido –real–, es movilizado permanentemente por la promesa de alcanzar lo imposible –imaginario–. Esa promesa, es mera ilusión, ya que no se puede cumplir. El registro simbólico no puede constituirse por sí mismo, sino que precisa de la relación que el Nombre-del-Padre establece con la idílica relación madre-hijo para emerger. El sujeto del lenguaje es ya un sujeto constituido *en relación*. La promesa de volver a la situación en que el Nombre-del-Padre no interviene en el idilio y el goce es completo es aquella que proporciona el fantasma.

¿De qué está constituida esa promesa? De los llamados *objets petit a*, aquellos objetos que el fantasma ofrece al sujeto de deseo para que este mantenga su deseo, es decir, para que se mantenga vivo. Aquellos *objets petit a* constituyen la promesa de completud, de acceder a lo real del goce, a la unidad perdida –e irrecuperable–, que el fantasma organiza en una escena de armonía, procurando evitar el momento de *lo político*, es decir, de las dislocaciones, de la negatividad creadora de nuevos procesos de constitución de identidades.

Los *objets petit a* son parte de la realidad social y política, ya que “Esta falta exige que la constitución de toda identidad se lleve a cabo mediante procesos de identificación con objetos socialmente disponibles, como las ideologías políticas, los patrones de consumo y los roles sociales” (6). Esta *realidad* está constituida por el registro Simbólico –el lenguaje, las construcciones discursivas– y el registro Imaginario –fantasma–. Mientras que *lo real* es aquello que se reprime, aquello disruptivo del orden, que pugna por manifestarse. Sostiene Stavrakakis que la manifestación de *lo real* es la que provoca la emergencia del antagonismo constitutivo de lo político, que produce una dislocación en la escena que el soporte fantasmático mantiene armónicamente, constituyendo así nuevos *objets petit a*, es decir, nuevas relaciones que posibilitan nuevos procesos de identificación.

Los procesos de identificación se afianzan o bien cambian radicalmente, se continúan en el tiempo o se quiebran en discontinuidades, porque las relaciones fantasmáticas que sostienen armoniosamente esos procesos de identificación tienen una raíz *afectiva* (no sólo racional): se “(...) requiere la movilización y estructuración del afecto y la *jouissance*” (7) para mantener o para crear cualquier vínculo social estructurado simbólicamente. De esta manera, Stavrakakis sostiene que “(...) el aspecto simbólico de la motivación, de la identificación y el deseo no puede funcionar sin un soporte fantasma, y éste, a su vez (...) no se sostiene sin un soporte real en la *jouissance* (parcial) del cuerpo” (8). Por lo tanto, cada soporte fantasmático social que posibilita la constitución de procesos de identificación, conlleva relaciones de afectividad, siendo éstas afectividades sociales.

El fantasma, dada su composición, puede ser entendido como un dispositivo, en los términos que lo entiende Foucault, ya que se trata de “(...) un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos (Foucault, 1991, 128)” (9).

Pensar el fantasma en términos de *dispositivo* es diferenciarlo de un *relato*, de un *sistema* y de una *estructura*, los cuales pueden ser identificados o reconstruidos total y racionalmente, algo que un dispositivo impide por su modo de relacionar en términos de un juego de elementos heterogéneos. Por su parte, el dispositivo fantasmático incita intentos constantes de reconstrucción, ya que se modifica constantemente y de manera no intencional, no consciente. Al mismo tiempo, el relato, el sistema y la estructura suponen un origen (incluso un principio, nudo y desenlace), una relación prefijada, que opera como base que debe ser recuperada o reconocida para iniciar el proceso de reconstrucción como totalidad cerrada, o como centro que regula el funcionamiento del juego.

Una herramienta para estudiar estos procesos de identificación: la entrevista

Lo mencionado anteriormente conlleva dos implicancias. La primera de ellas nos conduce a pensar que el dispositivo fantasmático opera “(...) como una matriz capaz de generar infinidad de intervenciones enunciativas” (10) y es la base de prácticas no reflexivas. Tanto las intervenciones enunciativas como las prácticas, están ligadas inevitablemente a los procesos afectivos compartidos por el colectivo. En otras palabras, los enunciados y las prácticas, lejos de agotarse en una reflexión racional del actor individual que interviene en el espacio público, están entrelazados con la *afectividad*. Es fundamental considerar que la esfera de la afectividad se distingue y se entrelaza a la vez con la esfera de la norma, la regla, la Ley, etcétera, impidiendo una contraposición entre aquella y la racionalidad.

La segunda se desprende de la característica del dispositivo fantasmático como un conjunto heterogéneo, que no tiene relaciones lógicas o causales que lo vertebran y que permitan deducir su composición. En este sentido, sólo puede rastrearse su manifestación a

partir de las intervenciones enunciativas de los actores. Es preciso mostrar brevemente la inextricable relación del discurso con el orden de lo imaginario, es decir, de lo afectivo.

El registro Simbólico precisa de la Ley para emerger, logrando que el sujeto del lenguaje se constituya como producto social y como sujeto de la falta. Ahora bien, esa falta está presente en cada acto de enunciación que el actor realiza, ya que la relación imaginaria que sostiene la promesa de completud proporcionada por los *objets petit a* tiene que ser significada discursivamente. Entonces, los enunciados que componen las formaciones discursivas; y ellas, a su vez, están sostenidas en las formaciones imaginarias. De esta manera, los actores ocupan posiciones de sujeto en las formaciones discursivas y también en las formaciones imaginarias, lo que posibilita que la realidad –“formada” por los registros Simbólico e Imaginario– tenga sentido. El semiólogo argentino Armando Sercovich explica que la relación imaginaria constituye un componente inalienable de la producción significativa, es decir, discursiva, en una sociedad, ya que está implicada en la reproducción de sus condiciones estructurales: “Esto permitiría asignar un sentido más específico al concepto de relación imaginaria, entendida como una relación vivencial o inmediata (experimentada)” (11).

Así pues, los enunciados se sostienen en la relación que el fantasma organiza entre el sujeto de la falta y el *objet petit a*, para que los actores individuales signifiquen sus intervenciones. De esta forma, los discursos, como conjuntos de enunciados, conllevan una inextricable relación con la afectividad, propia de la relación imaginaria que el dispositivo fantasmático plasma en una escena. Como sostiene Sercovich, “(...) es inconcebible la no resonancia afectiva de un discurso” (12).

Se trata, pues, de dar cuenta de los enunciados que significan las experiencias de acceso parcial al goce y que hacen visible con mayor intensidad esa afectividad. Aquellos actos de enunciación en que los entrevistados relatan sus vivencias –registro Simbólico–, están *éxtimamente* unidos al soporte fantasmático -registro Imaginario-. Entonces, si ambos registros están unidos y constituyen “la realidad” –siguiendo a Stavrakakis–, “lo real” supone las condiciones que interrumpen la armonía de aquella. Lo real constituye el momento de lo político, el momento en que se establece una escena política. De esta forma, el lenguaje y el fantasma constituyen socialmente los procesos de identificación.

En este punto, es fundamental considerar que a partir de la modernidad se desarrolla un proceso histórico-político que trabaja sobre los discursos políticos, que valida la relación de la política con la racionalidad y la moral en detrimento de la afectividad, la cual aparece como totalmente opuesta a aquella. El entrelazamiento entre la afectividad y la racionalidad se invisibiliza, haciendo que la política solamente sea considerada en términos racionales, e incluso meramente técnicos. Los procesos de identificación política muestran como condición de posibilidad solamente una específica relación de tres órdenes –política, moral y racionalidad–, presentando al espacio público como un espacio, en el mejor de los casos, exclusivamente racional.

Podríamos decir, pues, que existe algo así como un dispositivo que actúa en los discursos políticos, que obtura la posibilidad de reconstruir la vinculación afectiva entre el

sujeto de la enunciación y aquello que enuncia. A fin de lograr rastrear indicios de la afectividad, que nos conduzcan a la reconstrucción de los procesos de identificación, distinguiremos entre las *opiniones* y las *vivencias* como dos enunciados en los que se pueden visibilizar, respectivamente, rastros más claros de racionalidad y de afectividad. Reconstruiremos cómo se constituyeron históricamente los dos tipos de enunciados, a fin de explorar el dispositivo mencionado.

a. Opiniones y vivencias

Comenzaremos con la *opinión*. En su texto *Historia y Crítica de la Opinión Pública*, Jürgen Habermas explica que la palabra latina *opinio* es traducida al inglés y al francés como *opinion*, dando lugar al encuentro de dos significados: la opinión como juicio incierto o no completamente probado; y la opinión como reputación cuestionable por los demás. Habermas afirma que, por un lado, la palabra conlleva la opinión colectiva; y que, por otro, los dos significados están en contraposición a la racionalidad pretendida por la opinión pública. Ambas cuestiones dan a entender el carácter social de la *opinion*.

En Inglaterra, Thomas Hobbes identificó *consciencie* con *opinion*, otorgándole así, por primera vez, validez a las opiniones de las personas privadas, transformando la confesión religiosa en un sentimiento privado alejado de las injerencias del Estado. John Locke, por su parte, le quitó a *opinion* el significado de mero opinar y consolidó el de la idea que de uno poseen los demás: “(...) opinar no requiere (...) participación en un *raciocinio*, sino simple manifestación de aquellos ‘hábitos’ a los que luego se enfrentará críticamente la opinión pública considerándolos *prejuicios*” (13). El paso de *opinion* a *public opinion* se realiza a través del *public spirit*, llegando estas dos palabras a convertirse en sinónimos. Es el periodismo político inglés, de la mano de Bolingbroke, el que asocia el *public spirit* al *Spirit of Liberty*, en oposición a los detentadores del poder y propio de un pueblo ilustrado y opositor (*sense of the people*).

El filósofo inglés Edmund Burke ve a la *general opinion* como la que “(...) constituye el órgano y el vehículo de la omnipotencia legislativa” (14). De esta forma, y a partir de Burke, “La opinión del público raciocinante no es ya simple *opinion*, no coincide con la mera *inclination*, sino con las reflexiones privadas acerca de los asuntos públicos y con la discusión pública de éstos” (15). La *general opinion* se vuelve *public opinion*, cambio plasmado en el *Oxford Dictionary* en 1781. Es Jeremy Bentham quien explicita la conexión de la opinión pública con el principio de la publicidad: la opinión pública controla el ejercicio del poder haciendo público lo debatido en el Parlamento.

En Francia, a mediados del siglo xvii, Pierre Bayle consideraba a la *critique* como *raison* destructiva que todos pueden realizar sobre cualquier cosa. Sin embargo, la *critique* y la *raison* se realizan en el ámbito privado, seguidas de una discusión pública sin consecuencias para el Estado. Ya en el siglo xviii, para los Enciclopedistas *opinion* es un *estado intelectual* de incertidumbre y de vacío. Jean Jacques Rousseau es el que primero utiliza el término *opinion publique*, empleando el término *opinion* como *juicio no probado*. Rousseau hace coincidir la

opinion publique con la Voluntad General: una especie de instinto de la humanidad, un consenso de los corazones antes que de los argumentos racionales; así pues, las leyes coinciden con las costumbres. Es a partir de los Fisiócratas que la *opinion publique* se vuelve propia del público ilustrado, que a causa del proceso de discusión crítica pública se presenta como la opinión verdadera: “La *opinion publique* [para los Fisiócratas] (...) no domina, pero el poderoso ilustrado se verá obligado a seguir su visión de las cosas” (Habermas, 1986, 130) (16).

En Alemania, para Immanuel Kant “(...) la opinión pública quiere racionalizar la política en nombre de la moral” (17). De esta manera, Kant sostiene que la política debe rendir tributo a la moral, ya que solamente la razón tiene poder. La publicidad (*Publizität*) solidariza la moral con la política, operando como principio de ordenación jurídica y método de ilustración. En la publicidad participan los hombres privados que rebasan la esfera privada “como si fueran sabios”. Se conforma el mundo del público lector racionante, en el cual los “hombres” (privados) se transforman en “ciudadanos”. Al público racionante sólo pertenecen los propietarios privados, es decir, sólo son ciudadanos aquellos que tienen propiedad privada.

Es el momento de trabajar sobre la *vivencia*. Se trata de una palabra de procedencia alemana, *Erlebnis*, y que fue traducida por el filósofo español José Ortega y Gasset con el neologismo que nos ocupa. Apareció en el siglo XVIII, cuando Hegel la escribió en una carta. Hasta ese momento, solamente existía la palabra *erleben* (experimentar, vivir), verbo que adquiere, a partir del progresivo uso de su forma sustantivada, *Erlebnis*, “(...) un matiz de comprensión inmediata de algo real” (18).

El uso de la palabra comienza a volverse frecuente a partir de la década de 1870, cuando Wilhelm Dilthey comienza a reflexionar sobre ella. Gadamer atiende a dos significados contenidos en *Erlebnis*: por un lado, se trata de de la *inmediatez* que sirve de sustento a todo tipo de interpretación o posterior reflexión; por otro lado, refiere al *resultado permanente* de esa inmediatez. La *vivencia* tiene una relación inextricable con la *vida*, con aquello vivido por cada uno y que no puede olvidarse, sino que se “recuerda”, es decir, que se arrostra en el corazón.

Gadamer concluye que aquello “(...) que vale como vivencia es algo que se destaca y delimita tanto frente a otras vivencias (...) como frente al resto del decurso vital” (19), resultando así que “(...) lo específico del modo de ser de la vivencia es ser tan determinante que uno nunca puede acabar con ella. (...) Lo que llamamos vivencia en sentido enfático se refiere pues a *algo inolvidable e irremplazable*, fundamentalmente inagotable para la determinación comprensiva de su significado” (20). Precisamente lo inolvidable es lo que se lleva en el corazón, lo que se recuerda, aquello a lo que hacemos alusión cuando hablamos de *afectividad*, algo que escapa al *lógos*, que refiere a algo vivido inmediatamente por uno, y que es el piso desde el que se lleva adelante toda mediación reflexiva racional. Incluso, en ocasiones, es un piso que *permanece no reconocido*.

b. Deixis

Habíamos sostenido que el dispositivo fantasmático opera como una matriz generadora de intervenciones enunciativas. Así las cosas, el rastreo de la *afectividad* que la narración de las vivencias brindará, nos conducirá hacia la reconstrucción de un relato soterrado, irreflexivo, que constituye identidades.

La enunciación es la operación del actor individual en cada superficie discursiva. El discurso está constituido por la transformación de actos de enunciación en enunciados y, consecuentemente, con las relaciones que entre ellos se establecen y la operación que borra el acto mismo de enunciación. De esta forma, el modo de funcionamiento del discurso oculta la intervención enunciativa. Sin embargo, “Solo por esta *desindividualización*, el discurso puede existir como una superficie productiva que plantea a los comunicantes haces de encadenamientos significantes. Sólo por esta desindividualización es en la superficie del discurso en la que se resuelve el campo entero de lo que las cosas presumiblemente son” (21).

Al mismo tiempo, la superficie discursiva tiene con las enunciaciones una relación dinámica, es decir, en todo momento los actos enunciativos están contribuyendo a modificar –a la vez que también reproducen– esas formaciones discursivas. Es importante considerar que no existe una disociación radical en la relación enunciación/superficie discursiva, como tampoco es posible que cada acto de enunciación reproduzca sin más los enunciados ya preexistentes en las superficies discursivas. En este punto, debemos especificar que “(...) el acto de enunciación es más complejo que el enunciado (...) lo desborda, y en algún sentido lo sobredetermina, en tanto añade los rasgos pragmáticos de significación propios de su proferirse. No sólo los paralingüísticos, los gestuales. También, por ejemplo, aquellos que de manera clásica se llaman *deícticos*” (22); los deícticos son expresiones que determinan sus referentes en relación con los interlocutores.

El lingüista francés Émile Benveniste demostró que los deícticos constituyen la irrupción del discurso –conjunto de enunciados– en el interior de la lengua –en tanto sistema formal–. Ahora bien, su sentido sólo puede definirse en relación con su empleo. Consideramos que “Son deícticos (...) los que nos permiten suponer que advertimos quién es aquel que habla, a partir del modo en el que, inevitablemente, *sintomatiza* en su enunciación aspectos de su condición subjetiva, aun aquellos que ignora, que desatiende o que pretende neutralizar” (23), estando los elementos de la *deixis* unidos al “(...) universo de experiencias vividas, anhelos o fantasmas que palpitan en el interlocutor” (24), pese a que el enunciador *no* necesariamente tiene pleno dominio de ellos, ya que, recordemos, se encuentra descentrado en tanto sujeto.

Podríamos decir que los deícticos aparecen en la situación concreta –no universal y abstracta– de interacción entre interlocutores, en los que uno y otro dejan sus huellas afectivas en los enunciados de cada discurso. Ahora bien, los deícticos se hacen presentes en los enunciados y muchas veces son registrados, también, de manera no consciente. Es decir, además de la información que se comunica entre los interlocutores, existe “algo” que la ancla

en la situación y la vuelve significativa para quienes intervienen en la interacción. Esa operación de anclaje está enmarcada en el registro subjetivo de esas deixis, es decir, en el registro de lo imaginario.

Así pues, los deícticos nos *indican* el sentido inextricablemente afectivo que los enunciados comunican, constituyendo elementos fundamentales para el desciframiento preciso de los componentes expresivos; por ello sostenemos que “(...) los emergentes de la subjetividad (por caso, la producción de lo imaginario) y su carga movilizadora por resortes emocionales (...), suelen intervenir en el terreno de la comunicación a través de operaciones del orden de lo indiciario” (25).

Consideramos, pues, que los *deícticos* operan como *índices*. Para dar cuenta de esa relación diremos que, según la clasificación de los signos de Charles Sanders Peirce, los *índices* tienen por característica el representar en un aspecto al objeto que señala, estableciendo una relación de contigüidad existencial con ese objeto. Los índices pertenecen a las relaciones de segundidad, el nivel de las relaciones del signo con las situaciones concretas de los objetos que se indican. Por eso, la relación es uno a uno, no pasa por una operación de equivalencia universal, sino más bien por mantener la específica remitencia compulsiva y particular.

De esta manera, como la operación de enunciación remite a un actor individual que la realiza, al llevarla a cabo despliega una cantidad de deícticos que remiten hacia él mismo, ya de manera intencional como no intencional. Esos deícticos operan como indicios que remiten a elementos heterogéneos que no son solamente parte de la enunciación del actor, sino también forman parte de un dispositivo. Ahora bien, como esos deícticos también indican el registro afectivo del actor, es decir, el registro imaginario, es posible que a través de ellos podamos reconstruir el dispositivo fantasmático.

c. Indicios y abducción

Según el *Diccionario Etimológico* de Joan Coromines, la palabra *abducción* proviene del “(...) latín *abductio*, ‘acción de llevarse o separar’, derivado del verbo *abducere*, y éste de *ducere*, ‘llevar, conducir’” (26). Esto implica que la abducción nos remite a algo que está separado y a lo que nos debemos conducir. Aquí debemos considerar el potencial heurístico de la abducción. Fue Charles S. Peirce quien restituyó al procedimiento abductivo la luz del reconocimiento científico, oscurecido por la inducción y la deducción. Repasemos algunas cuestiones planteadas por Peirce, para luego empalmarlas con nuestro problema.

Sostiene Roberto Marafioti que el signo peirceano puede definirse como: algo por algo en alguna relación para alguien. Peirce clasifica a los signos de acuerdo con distintas relaciones: (a) las relaciones de primeridad, que hacen referencia a la relación del signo consigo mismo, con su representamen. La primeridad es “(...) todo cuanto tiene posibilidad de ser, real o imaginario” (27). (b) Las relaciones de segundidad, como dijimos anteriormente, son aquellas que se refieren a la relación del signo con su objeto. (c) Las relaciones de terceridad, que hacen referencia a la relación del signo con su interpretante y “(...) está formada por las

leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos, es una categoría general que da validez lógica y ordena lo real. (...). La terceridad realiza (...) el enlace lógico entre primeridad y segundidad, o sea, establece las condiciones hipotéticas para que algo ocurra” (28).

Para Peirce, cada signo particular satisface la relación triádica propia del signo, es decir, los aspectos de la relación triádica –representación de un objeto, representación de ese objeto en algún aspecto y creación de un interpretante– en distinta medida. Se debe tener presente que en cada signo, uno de los tres componentes es el dominante.

Según el filósofo norteamericano, existen tres tipos básicos procedimientos: abductivos, deductivos e inductivos. La inducción conduce a generalizaciones sobre la observación de casos. La deducción es explicativa, ya que las inferencias se ocupan de mostrar la relación de cada proposición, la información que está pero que todavía no se ha advertido. Finalmente, la *abducción* “Concierne a la introducción o al descubrimiento de nuevas proposiciones posibles o hipótesis, basadas en la anomalía o en los sucesos sorprendentes generados por una información recibida del sistema de signos” (29). La abducción conduce, lleva a inferir de un signo algo que no está en ese signo; lo que une a las premisas generales y a las particulares es sólo un rasgo, después tiene que ser corroborado por la inducción y por la deducción.

El *juicio abductivo* es el motor del avance del conocimiento, ya que permite la formación de conjeturas para explicar una conclusión “Y”, esto es, debemos partir de una premisa “X” que, al no estar relacionada necesariamente –como en las operaciones deductivas–, se transforma en una conjetura, en una hipótesis, o bien, en una pista que permite tratar de reconstruir *abductivamente* aquello que hizo posible algo. Si, como dice Peirce: “Todo lo que centra la atención es una *indicación*. Todo lo que nos sorprende es una indicación, en tanto en cuanto marca la unión de dos porciones de experiencia” (30), entonces podríamos decir que la abducción está fuertemente ligada a los *índices*.

Nos interesaremos, principalmente, por el plano de las relaciones de segundidad, que plantean la relación del signo con su objeto. Las relaciones de segundidad contemplan a los *íconos* –representan una de las cualidades de su objeto, son análogos en algo a su objeto, manteniendo una relación de parecido con su objeto–; a los *índices* –representan en un aspecto que lo indica/señala al objeto, manteniendo una relación de contigüidad existencial con su objeto, remitiendo a éste compulsivamente–; y a los *símbolos* –representan una convención, un hábito (campo específico en el que tengo que atar al significante) de vincular al objeto entre los hombres, manteniendo una relación arbitraria con su objeto–.

Por su parte, Peirce sostiene que “En todo razonamiento tenemos que usar una mezcla de semejanza, índices y símbolos. No podemos prescindir de ninguno de ellos” (31), lo que motiva al filósofo norteamericano a realizar diversas clasificaciones a partir de las combinaciones entre los signos. Los signos (en nuestro caso los enunciados) que nos interesa analizar, antes bien, no tienen una apertura total ni una inmediatez reconocida por hábito, es decir, para interpretarlos no podemos acudir a un sistema determinado previsto, a un código, sino que ese proceso de identificación es problemático: La identidad del signo (...) [es] un

juego de remites a otros signos, en una cadena de interpretantes que permanece abierta en vez de concluirse en el punto de partida. (...). Puede suceder, y sucede a menudo, porque *generalmente necesitamos explicaciones hipotéticas y explicativas y no de tipo deductivo o analítico, que hay que buscar el signo interpretante en algún sistema distante (...)* (Ponzio, 1998, 161, el subrayado es nuestro) (32).

Ese “sistema distante” al que tenemos que remitirnos tiene que estar indicado, señalado, para poder dirigirnos hacia él, habida cuenta que ese mismo “sistema” no es tal, sino que se trata de retazos que hay que reconstruir. Esos retazos hacen referencia al dispositivo fantasmático que constituye los procesos de identificación de las subjetividades.

La reconstrucción de los procesos de identificación

Podemos concluir que “La abducción (...) es el proceso de conectar modelos preexistentes con configuraciones de hechos y, de ese modo, acotar enormemente `los espacios de búsqueda´. (...). La abducción sugiere que algo puede ser: no que lo sea necesariamente” (33). La no necesidad supone que es posible reconstruir las partes de un todo ya dado de antemano, tal como el sistema, etcétera. Ahora bien, la abducción es el procedimiento que, por medio de indicios, en este caso las deixis que las vivencias expresan, nos guían hacia ese dispositivo fantasmático que constituye los enunciados y, a la vez, los procesos de identificación política.

De esta forma, la entrevista supone reconstruir un proto-relato a partir de un puñado de retazos. No se trata de realizar un cuestionario sobre algo ya determinado. Por eso el punto de partida es un indicio, o, si se prefiere un detalle: “Del orden del detalle son ciertas preguntas que buscan confirmación (fechas, hechos, modos), o aclaración (cómo algo sucedió realmente), o actualizan viejos adagios (`para muestra basta un botón´). El detalle no es entonces accesorio, sino necesario, y en ocasiones, hasta esencial” (34). Para acceder a esos indicios, pues, es necesario “(...) establecer una relación de *escucha activa y metódica* tan alejada del mero *laisser-faire* de la entrevista no directiva como del dirigismo del cuestionario” (35), logrando así una relación con el entrevistado que disminuya la violencia simbólica que toda situación de entrevista conlleva.

La entrevista, tal y como hemos analizado su procedimiento a partir de pensar que los procesos de identificación política tienen una matriz afectiva detrás, debe evitar que el entrevistado responda en términos reflexivos, es decir, que *opine* racionalmente en la situación misma de entrevista. Hasta es posible que una forma de responder a la violencia simbólica propia de la situación, sea el intento de reflexionar sobre las preguntas. Aquí debemos tener en cuenta el proceso de construcción de la muestra, es decir, cómo seleccionamos a los casos a entrevistar: si bien la proximidad social y la familiaridad entre los participantes de la entrevista contribuyen a disminuir la violencia simbólica, bien pueden utilizarse otras estrategias, como la de “(...) *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones” (Bourdieu, 2000, 530) (36). Para llevar adelante tal estrategia, también debemos disponer de un saber

previo (muchas veces producto de entrevistas anteriores o con informantes) sobre los entrevistados, que permita hacer hincapié en hechos que han dejado una marca en la vida del entrevistado: una foto de su infancia, un juego de su juventud, una costumbre familiar, etcétera. Así pues, constataremos que “El que recuerda, de manera espontánea o inducida por el entrevistador, puede focalizar en hechos y situaciones que van más allá de su propia experiencia y forman parte de la memoria colectiva. Pero esta `cuenta regresiva´ nunca está dissociada del presente de la enunciación, de esa vuelta sobre el aquí y ahora que caracteriza a los relatos mediáticos” (37).

La reconstrucción de los procesos de identificación, podemos concluir, debe partir de la importancia que la afectividad tiene a la hora de consolidarlos o modificarlos, para luego intentar visibilizar esa matriz afectiva –el dispositivo fantasmático– que los hace posibles. Es a partir de esta técnica de entrevista, que contempla los presupuestos epistemológicos, teórico-políticos y culturales, que podemos llevar adelante una investigación que arroje alguna luz en la complejidad de aquellos procesos.

Estas consideraciones intentan contribuir a la comprensión de las intervenciones políticas de los actores en el espacio público, al tiempo que nos permite considerar a la opinión pública como un resultado concreto de un proceso complejo. Los estudios de opinión pública, pues, no deben ser entendidos en el nivel de la operación técnica que supone el sondeo de opinión, sino en tanto una interrogación sobre los procesos de identificación culturales y políticos que constituyen a los actores individuales que profieren enunciados y, al hacerlo, proyectan, construyen en común, hacen política.

Notas

- (1) PID 3132, FCE, UNER. Director: Sergio Caletti; codirectora: Magíster Carina Muñoz.
- (2) Caletti, Sergio. Exploraciones. Discurso, política, subjetividad (inédito). Informe final de PID 3098 Política, sujetos y comunicación, un acercamiento a la escena pública contemporánea, UNER, 2009, pp. 86-87 (el subrayado es nuestro).
- (3) Caletti, óp. cit., p. 180 y ss.
- (4) Caletti, óp. cit., p. 141.
- (5) Stavrakakis, Yannis. *Lacan y lo político*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008 [2007]. Páginas 85-86.
- (6) Stavrakakis, Yannis. *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 [2007], p. 47.
- (7) Stavrakakis, ídem anterior, p. 193.
- (8) Stavrakakis, ídem anterior, p. 274.
- (9) Foucault, Michel. “El juego de Michel Foucault”, en *Saber y Verdad*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1991, p. 128.
- (10) Caletti, óp. cit., p. 180.
- (11) Sercovich, Armando. *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión SAIC, 1977, p. 35.
- (12) Sercovich, óp. cit., p. 73.
- (13) Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. México, Ediciones de Gustavo Gili, S.A. de C. V., 1986 [1962], p. 126.
- (14) Habermas, óp. cit., p. 298.
- (15) Habermas, óp. cit., p. 129.
- (16) Habermas, óp. cit., p. 130.

- (17) Habermas, óp. cit., p. 136.
- (18) Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método*. Volumen I. Salamanca, Ediciones Sígueme SAU, 2007 [1975], p. 96.
- (19) Gadamer, óp. cit., p. 103.
- (20) Gadamer, óp. cit., p. 104 (el subrayado es nuestro).
- (21) Caletti, óp. cit., p. 120 y ss.
- (22) Caletti, óp. cit., p.120 y ss.
- (23) Caletti, óp. cit., p. 143 (el subrayado es nuestro).
- (24) Caletti, óp. cit., p. 143.
- (25) Caletti, óp. cit., p.151.
- (26) Coromines, Joan. *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid, Editorial Gredos, 2008 [1961], p. 2.
- (27) Zecchetto, Victorino. *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires, Editorial La Crujía, 2005, p. 46.
- (28) Zecchetto, óp. cit., p. 47.
- (29) Marafioti, Roberto. Charles S. Peirce, *El éxtasis de los signos*. Argentina, Editorial Biblos, 2004, p. 98.
- (30) Peirce, Charles Sanders. *Qué es un signo*. Sin responsable editorial, 1894.
- (31) Peirce, óp. cit., p. 6.
- (32) Ponzio, Augusto. *La Revolución Bajtiniana. El pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. España: Ediciones Cátedra, 1998, p. 161 (el subrayado es nuestro). Si bien el autor sostiene que este procedimiento está atado a los íconos, el “conducir a”, “el llevar”, de la abducción se basa tanto en la indeterminación de la cadena de signos como en la pista que implica el índice. En otras palabras, es la indicación aquello que nos capta la atención y que nos lleva a *explorar*.
- (33) Samaja, Juan. *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires, Eudeba, 1997 [1993], pp. 89-90.
- (34) Arfuch, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires, Editorial Paidós SAICF, 2010, p. 84.
- (35) Bourdieu, Pierre (director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000 [1993], p. 529.
- (36) Bourdieu, óp. cit., p. 530.
- (37) Arfuch, óp. cit., p. 89.

Bibliografía

- ARFUCH, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires, Editorial Paidós SAICF, 2010.
- AUTOR. “Los procesos de identificación: reflexiones sobre la entrevista como técnica para su investigación”. Olavarría, Revista *Intersecciones en Comunicación*, 5 (ISSN 1515-2332, versión impresa; ISSN 2250-4184, versión on-line), 2011, pp. 113-135.
- AUTOR. “Los procesos de identificación política: fantasmas y estratos temporales”. Río Cuarto, Actas de las XV Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación “Recorridos de comunicación y cultura. Repensando prácticas y procesos” (ISSN 1852-0308), 2011.
- Link: <http://www.redcomunicacion.org/memorias/ind>
- AUTOR. “Los procesos de identificación política: la opinión pública y la afectividad”. La Plata: CD Congreso Comunicación-Ciencias Sociales Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP/ CONICET/Ministerio de Desarrollo Social-Presidencia de la Nación, 2011.
- AUTOR. “La entrevista como herramienta para la reconstrucción abductiva de los procesos de identificación”. Ciudad de Buenos Aires: CD de las IX Jornadas de Sociología de la UBA/ Alicia Daroqui [et. al.] (ISBN 978-950-29-1296-7). UBA, 2011.
- BENVENISTE, Émile. *Problemas de Lingüística General*. Volumen I y II. México, Siglo XXI Editores, 1985 [1968 y 1974].

- BOURDIEU, Pierre. “La opinión pública no existe”, en *Sociología y Cultura*. México, Grijalbo, 1990, pp. 239-250.
- BOURDIEU, Pierre (director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000 [1993].
- BOURDIEU, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008 [1973].
- CALETTI, Sergio. Exploraciones. “Discurso, política, subjetividad” (inédito). Informe final de Proyecto de Investigación Política, sujetos y comunicación, un acercamiento a la escena pública contemporánea, PID 3098, UNER, 2009.
- COROMINES, Joan. *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid, Editorial Gredos, 2008 [1961].
- FOUCAULT, Michel. “El juego de Michel Foucault”, en *Saber y Verdad*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1991, pp. 127-162.
- GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y Método*. Volumen I. Salamanca, Ediciones Sígueme SAU, 2007 [1975].
- HABERMAS, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. México, Ediciones de Gustavo Gili, S.A. de C. V, 1986 [1962].
- KOSELLECK, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica S.A. e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001 [2000].
- KOSELLECK, Reinhart. *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid, Editorial Trotta y Universidad Autónoma de Madrid, 2007 [1959].
- KOSELLECK, Reinhart y Gadamer, Hans-Georg. *Historia y Hermenéutica*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica S.A. e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1997 [1987].
- MARAFIOTI, Roberto. Charles S. Peirce, *El éxtasis de los signos*. Argentina, Editorial Biblos, 2004.
- PÊCHEUX, Michel. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, Editorial Gredos SA, 1978 [1969 y 1975].
- PEIRCE, Charles Sanders. *Qué es un signo*. Sin responsable editorial, 1894.
- PONZIO, Augusto. *La Revolución Bajtiniana. El pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. España: Ediciones Cátedra, 1998.
- SAMAJA, Juan. *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires, Eudeba, 1997 [1993].
- SERCOVICH, Armando. *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión SAIC, 1977.
- STAVRAKAKIS, Yannis. *Lacan y lo político*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008 [2007].
- STAVRAKAKIS, Yannis. *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010 [2007].

ZECCHETTO, Victorino. *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires, Editorial La Crujía, 2005.